

Fernando Sánchez Mayáns / Te hablo de este silencio

Yo lo sé. El silencio estrangula tu sueño.
Eso es. El silencio te ahoga
a través de sus zonas jadeantes. De sus derrumbes quietos.

Tú, que has sido y eres
un cantante sitial de jocundas palabras.
Yo te cubro con ellas para verte
mientras este gas venenoso
te inunda y te adornece con su amarilla peste cotidiana.

Y yo que sé que eres una fe que enamora
y bajas a mi piel y le das soluciones a mi lengua.
Mi lubricada carne siglo veinte te apetece.
A ti, que eres oculta y quieta para todas las bestias
y sólo para mí
mueves el horizonte lento de tus pétalos tibios
abriéndose cerrándose cerrándose
como una flor sedienta ante la gracia.

Y yo no sé que canto para aliviarte de este silencio cruel.
Ni qué líneas apunto para volvernos testimonio.
Ni lo más pobre, ay, ni mis caricias para tu piel de oro
han de esfumar esta nube callada de ignominia
que alrededor de ti triunfante
se adelgaza de dicha y te circunda
y te envuelve y te asfixia y te consume.

Estamos atrapados en esta congelada circunstancia
que se llama el silencio común de cada día.
Y todo lo demás
un trágico abandono innumerable.

Pero no obstante tú y yo hablamos
con un miedo terrible
a que ese mismo silencio nos responda.

Sólo que yo, éste que algo quiere descifrar,
el que te ama, yo,

elabora el problema de resolver por qué el silencio.
Por qué allá afuera.

Por qué tú y yo.
Por qué el poema.
(Al contemplarte se me vuelve familiar Berceo,
o San Juan de la Cruz; la Alcoforado lo mismo que Neruda.)

He aquí una inquietud de asunto delicado:
¿Cómo apartar tu modelado rostro diferente
de este close-up violento?
¿Qué hacer para esconder tu nombre
en esta interminable selección al desastre?
En fin, ¿de qué manera preservar tu belleza
de la senil herencia de las rosas?

Y me pregunto si eres tú la que me guía
con el mito de un hilo que no existe.
Tú no me recuperas.
O si yo, torpe, egoísta, cazador de mentiras,
¿te restauro como a una antigua virgen estofada
para luego lucirte en la memoria?

Pero el silencio.
Y tú y yo, de frente, oyéndolo pasear
casi junto a la puerta. Casi junto a la dicha.
El amor usa imágenes borrosas
y a través del poema los amantes mejor lo reconocen.
Torturemos las letras
a ver si así el amor o este silencio
se revelan más claros a nuestras soledades.

Estoy contigo en la conciencia de nuestra consumación.
Ya no sé qué decirte ni qué dejar en el papel escrito.
Se acabaron las canciones espirituales esta noche,
Ah, si pudiéramos ser sólo una vigilia lúcida.
Se explicaría este silencio.
Y nuestro amor sería un recuerdo legítimo
puesto a resplandecer en la palabra.

